

Lydia ZAPATA PEÑA, *Origen de la agricultura en el País Vasco y transformaciones del paisaje: análisis de restos vegetales arqueológicos*. Kobie Serie Anejos 4, Diputación Foral de Biskaia, Bilbao, 2002.

La adopción de una economía productora de alimentos es uno de los procesos más importantes en la investigación arqueológica, dado que incluyó no solamente la manipulación de las especies vegetales o animales, sino, al mismo tiempo,

una transformación radical en la economía de subsistencia, la estructura de un grupo social, en términos demográficos y de organización, y una relación totalmente diferente con el medio. Tradicionalmente el estudio de este proceso ha enfocado, principalmente, secuencias de Medio Oriente y Mesoamérica.

El volumen de Lydia Zapata Peña nos ofrece la oportunidad de profundizar nuestro conocimiento de la secuencia de desarrollo que llevó a la adopción de una economía agrícola en el País Vasco. Esta extensa monografía analiza restos botánicos de dieciséis contextos arqueológicos diferentes, con el propósito de evaluar las interpretaciones sobre el origen de la agricultura en el País Vasco durante el Mesolítico tardío y la época Romana.

De acuerdo con Zapata Peña las interpretaciones vinculadas con la economía de subsistencia en el País Vasco están ligadas, en primer lugar, a la pervivencia, hasta el año 5300 AP, de prácticas de caza recolección tradicionales y de pastoreo las cuales precedieron a la agricultura. El problema, según la autora, radica en la falta de datos sobre la subsistencia en este periodo, debido a la carencia de muestreos para la obtención de restos botánicos. Para periodos posteriores se hace un mayor énfasis en los restos de arqueofauna, por su mayor visibilidad. En este sentido, se puede detectar desde el Neolítico final un descenso en la importancia de la caza y un aumento en el énfasis en la explotación de especies animales domesticadas. La evidencia que presenta Zapata Peña no contradice, sin embargo, la concepción de una economía de subsistencia basada principalmente en la caza o la explotación de animales domesticados. Si bien la autora establece la presencia de cebada y cereal entre 5375 AP y 5095 AP en Kobaederra, Pico Ramos y Lumentxa y la presencia de polen de cereal en Herriko Barra fechado en 6000-5800 AP, cabe mencionar que los restos reportados son escasos. Más aún, los restos de arqueofauna indican que la ganadería era una actividad importante en 6000 AP.

En segundo lugar, se concibe que la adopción de la agricultura fue tardía, estableciéndose durante el periodo Calcolítico (4500-3800 AP), y que no fue un evento uniforme en el área de estudio. Aunque los restos botánicos de plantas cultivadas empiezan a ser más importantes en este periodo, tal parece que en la zona del Atlántico la agricultura no fue una actividad importante. Se ha propuesto la posibilidad de que la adopción de la agricultura coincidiera con la introducción de especies animales domesticadas, sin embargo, el impacto de esta actividad a nivel de detección en contextos arqueológicos se da hasta el periodo Calcolítico. Zapata Peña, como hemos mencionado anteriormente, reporta evidencias de restos botánicos domesticados desde el VI milenio AP, en los sitios de Kobaederra y Lumentxa, Pico Ramos y Herriko

Barra, aunque la escasez de restos botánicos impide valorar la importancia de los cultivos en la economía de subsistencia de la zona durante el Neolítico. La evidencia más clara de especies domesticadas se puede ubicar en contextos del Calcolítico, por lo menos en cinco depósitos fechados en un rango temporal entre 4550-3580 AP. Las especies vegetales domesticadas más representadas son varias especies de trigo, como escandia, espelta, trigo desnudo, trigo y panizo. Por otro lado, podemos usar la disminución de polen arbóreo como un indicador de procesos de deforestación, ligados con la agricultura o la ganadería. Zapata Peña logra identificar en Aizpea un descenso en los valores de polen arbóreo el cual puede ser fechado para el periodo Neolítico (6350 AP). No obstante, la mayoría de los sitios presentan una disminución en este indicador hasta el periodo Calcolítico. Es decir, las evidencias relativas a la deforestación y apertura del bosque son más claras hasta el periodo Calcolítico. De esta manera, tomando en cuenta tanto los especímenes vegetales domesticados, como los índices de disminución de polen arbóreo, se puede establecer la adopción de una economía agrícola hasta el periodo Calcolítico.

Por último, el aporte de plantas silvestres se ha concebido como un componente menor en las estrategias de subsistencia tanto en los grupos de cazadores recolectores, como en los grupos dedicados al pastoreo y los agricultores de periodos posteriores en el área de estudio. Zapata Peña establece la importancia de los recursos silvestres en depósitos fechados desde el Mesolítico hasta el periodo Romano (s. I-III dC). Para la autora, la adopción de la agricultura no hace que los grupos del periodo Calcolítico abandonen totalmente prácticas relacionadas con la recolección, de hecho, en la mayoría de los depósitos estudiados para el Calcolítico existe evidencia relacionada con la recolección de frutos silvestres. Más aún, la introducción de frutos cultivados durante el periodo Romano en Oiasso no hace que se abandone la recolección de frutos silvestres.

La utilización de diversas líneas de evidencia (polen, macrorrestos, restos antracológicos y carpológicos), hace que los argumentos sobre economía de subsistencia en periodos anteriores y posteriores a la adopción a la agricultura, tengan bases empíricas más firmes. Otro de los méritos principales del volumen de Zapata Peña, es la exposición clara de la metodología usada para la recuperación y análisis de cada tipo diferente de restos botánicos de cada contexto estudiado. Esto hace que la obra no sólo sea valiosa por la cantidad de información que contiene, sino como un volumen de referencia para estudiantes interesados en especializarse en el análisis de restos botánicos en depósitos arqueológicos.

*Gerardo Jiménez Delgado*